

EL MOTÍN



Año XXXV.—Madrid, Jueves 28 Enero 1915.—Número 4.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

"El Motín" y la conciencia republicana

A mis oídos llegan estos días apasionadas y vibrantes las discusiones de algunos republicanos indignados por el aislamiento creado a EL MOTÍN, obligando a su ilustre Director a modificar las condiciones materiales del valiente semanario y a introducir economías que le hagan posible el continuar viviendo una vida precaria. Conmigo escuchaba esas protestas coléricas un antiguo correligionario, cuya pluma enlances de familia y posición social le han ido alejando cada vez más del palenque republicano y adquiriendo cierto matiz conservador. Como no podía menos de ser, hablamos él y yo de estas cosas y circunstancias, entramos a fondo en el análisis de la vida real, recordamos pasados tiempos en que él batallaba en las avanzadas, y concebí el propósito de dar forma a sus juicios y a los míos en unas cuartillas. De tres cosas principalmente fué objeto nuestro análisis, aquí brevemente condensado.

La personalidad de Nakens

Nada hay que pueda equipararse en la Prensa y en el movimiento propagandista español a la campaña del veterano escritor; como literato es modelo de humorismo, de corrección y diaphanidad de estilo; como carácter es una voluntad de acero, incansable é incommovible, que morirá en el yunque forjando ideas con el martillo de su pluma. El republicanismo español no ha llegado a un grado de cultura tal que sepa

estimar al escritor en lo que vale: con el tiempo se le hará justicia y se le citará siempre que haya que historiar el movimiento de las ideas religiosas en España; por esto, por ignorancia, se le desconoce y se le abandona. En las redacciones de los grandes rotativos se estima a Nakens y se le valora, aunque en los periódicos no se diga. Por ignorancia no se aprecia el enorme bagaje intelectual de José Ferrándiz, polígrafo de cuerpo entero, como no se comprende a otra gran figura, a Pey Ordeix, que el catolicismo español en mal hora lanzó de su seno sin saber lo que lanzaba y lo que perdía. En otro pueblo que no fuera el español, estos tres hombres hubieran bastado para sostener con vida espléndida un gran órgano de publicidad que especializase la lucha religiosa, más ó menos despertada en infinitas conciencias sin que, á veces, ni de ello se den ellas cuenta.

Pero el español es así, inconstante, incapaz de una obra lenta y persistente: obra por impulsiones, y el republicanismo español se resiente de este mal: á raíz del atentado de Morral, en el que Nakens no hizo nada nuevo en él, sino algo más relevante, el republicanismo lo llevó á la apoteosis, lo enalteció, lo mimó; pasó la crisis de histerismo y volvió á abandonarlo, como lo tenía abandonado antes del deplorable suceso de la calle Mayor. «Esta es Castilla que hace homes é los desfaze», dijo el orgulloso prócer castellano al entregar su cuello al verdugo en el cadalso. Sí, esta es España y este es el republicanismo español, que no estima á sus grandes hombres y los deja perecer. La lista de los abandonados, de los desesperados sería interminable.

La reacción presente

Lo mismo Nakens que cuantos no tenemos su clarividencia, la hemos visto formarse, acercarse, condensarse, oscurecer el cielo como nube de langosta que aún no se posó en los campos.

Este crimen no debe achacarse á la Regencia, con haber ella tenido tanta parte en él: este crimen es de los liberales democráticos, de los Sagasta, de los Moret, de los Alfonso González, de cuantos presidentes y ministros liberales abrieron la puerta á la langosta monacal. Jamás una revolución encontró el campo

mejor dispuesto para educar y civilizar á un pueblo, que lo encontró el mezquino pronunciamiento del 68. No había frailes en España desde la expulsión del 35; no había más que cuatro conventos de franciscanos y escolapios, aparte de los de mujeres, en los que, unas insignificantes viejas musitaban adormiladas el rezo coral; el jesuitismo estaba legalmente poscripto desde Carlos III. El clero catedral apenas influía en la vida civil, fuera de las ciudades episcopales, que debían ser disminuidas si se cumplía el Concordato; el resto del clero, muy especialmente el parroquial, no era pietista, ni servidor de frailes, ni imitador de jesuitas. «Mi casa, mi musa y mi doña Luisa» sintetizaba la existencia del 90 por 100 de los curas. Que les dejaren en su holgazanería, á unos con su mesa regala, á otros con su escopeta y su perro, á todos con su ama y sus sobrinitas... y á vivir, que la vida es breve.

Tal fué lo que encontró la revolución del 68.

¿Qué fué lo que dejó hecho antes de realizarse la restauración en Sagunto?

Dejó apoderarse de España al monacalismo y al jesuitismo; dejó invadir la enseñanza, la magistratura, el ejército, sobre todo la enseñanza, por elementos anti-liberales; puso la administración y la justicia á servicio de aquellos elementos que rápidamente preponderaron, adueñándose del alma nacional. Cuando ocupó la Regencia la viuda de Alfonso XII, todo estaba hecho, todo preparado, á la manera que el ejército alemán antes de traspasar la frontera belga.

Las consecuencias previstas estaban; las hemos adivinado todos los que no éramos bestias de nacimiento; lo que hoy sucede es hijo de aquello. No es cierto que haya traído esto la Reina Cristina, ni menos Cánovas, porque Cánovas era un gran obstáculo para las ambiciones vaticanistas y clericales, y quizá por eso cayó. Cánovas era un *regalista* á la manera de los estadistas de Carlos III y Fernando VI. Cánovas no era Maura, sino muy al revés.

El estado actual

Veamos ahora cómo estamos, cómo se desarrolla la existencia del republicanismo y de las democracias

en general, en el orden de las ideas religiosas.

Todo es del enemigo; podrá vivir y no notará lo que sucede quien corte el cupón, quien cobre sus rentas y viva egoísticamente alejado del seno de la sociedad. El resto de los demócratas, el resto de las almas liberales, llámense republicanos ó como se quiera, está en desfavorables condiciones para resistir, no para vencer, porque esto es imposible. El enemigo lo posee todo: la magistratura, la audiencia, el juzgado, la aristocracia de la sangre y la del dinero, la universidad, el instituto, la escuela normal y la de primeras letras.

Las clases medias tuvieron que entregarse prisioneras, porque no podían vivir; quien mejor vive, con vivir muy mal, es el obrero.

Sucumbe al hambre, sucumbe inermemente, sucumbe rendido en una lucha imposible, el catedrático, el abogado, el maestro, el hombre de negocios, el médico, el contratista, el litigante, el pretendiente, el opositor á las innumerables carreras del Estado, todo el que no es rico, todos los no pudientes, todas las clases medias, en una palabra, esas que bien ó mal llamadas pasan por medias y son solamente proletarios de levita.

Llamarse anticlerical es firmar el pacto del hambre; se puede pasar y vivir siendo republicano... templado, discreto, no hostil á la Iglesia, siendo vicepresidente del comité y enviando las hijas al convento, los hijos al catecismo; se puede vivir siendo concejal republicano, pero acompañando al alcalde del rey á la función del Corpus y á los oficios de Semana Santa.

La mujer, la esposa, la madre, la hija, la hermana, la sobrina, visitan al fraile y cura, pertenecen á las congregaciones, pertenecen al enemigo, mejor dicho, el enemigo, que son ellas, está dentro de la plaza: ellas reciben el correo, ellas miran el periódico, ellas arman la pelotera á la hora de comer por si se recibe el periódico impío... ¿á qué seguir?

El Motín llega dobiado de tal modo que no se vea el título, ó se entrega en el café ó en la tienda donde lo recogerá el esposo ó el hijo á escondidas.

Con tal organización social ¿qué vida próspera ha de tener El Motín y los hombres que en él exprimen el zamo cerebral de la idea redentora?

Aquí todo es lógico, previsto, esperado.

Es lógica la hipocresía, la ficción de creencias, la sponstasia, la infamia, porque el supremo potestado de la lógica es el vivir, es el criar los hijos, es el no perecer, es el instinto de conservación que se impone al

lobo y al ratón, á la polilla y á la filoxera.

Maldición eterna sobre los que esto han traído.

Pero no nos hagamos ilusiones, señor Nakens, Ferrándiz, Pey, Pray Gerundio, Litrán y cuantos escritores luchan por la libertad religiosa. Sí; doloroso es confesarlo, el corazón se desgarró al confesarlo, pero la verdad es que estamos derrotados, que nos han vencido, que no valen paños calientes ni revulsivos, que hay que volver á empezar, que hay que recordar el 15... ó irse al anarquismo.

Hay que reconocer que existen clases directoras que influyen en el rumbo de la nave social, y que esas clases, enteras, íntegras, militan en el campo enemigo y lo llenan todo, llegan á todas partes, se filtran en los escondidos rincones de los hogares y en los invisibles senos de las conciencias individuales que juntas constituyen la conciencia social. Esas clases directoras que acaban de condenar al dramaturgo Sr. Linares Rivas, están adueñadas de la mayor parte de la Prensa y pueden propagar y difundir lo que les conviene ó hacer el silencio sobre un crimen cometido por un clerical. Esas clases directoras dan la moda así en el vestir como en la elección de templo, en la hora de ir á misa ó al paseo y determinan lo que es *cursi* ó de buen tono. Ellas son las que propalan que es de mal gusto ser antirreligioso. El clericalismo supo lo que hizo al captar esas clases, seguro de que las otras las seguirían, como las siguieron en su irreligiosidad en los tiempos de Federico de Prusia ó de Luis XV, cuando ante una princesa real soltera se representaba «Le cure», sátira anticlerical que hoy haría enfermar de rabia á las damas palaciegas. Entonces era elegante ser irreligioso; hoy es lo contrario; una violenta reacción religiosa invade el mundo y se encarna en el Kaiser que, á pesar de su protestantismo, encanta á los católicos españoles y les hace olvidar el fusilamiento de tantos sacerdotes y los crímenes de lesa humanidad que desmiente la civilización.

En cuanto á España, que es lo que de cerca nos toca, yo renuncio á estudiar las causas y me limito á exponer los hechos.

¿Hay en nuestra actual reacción atavismos de raza? Coméntelo Sergi si algún día continúa su magnífico estudio «La decadenza delle natione latine».

¿Se trata de una enfermedad endémica que castra las almas y envilece los caracteres?

Responda Ribot si adiciona en su libro «Les maladies de la volonté».

Mientras tanto reconozcamos el hecho. Estamos vencidos por el clericalismo, que nos hace imposible la

vida y que hace más imposible la prosperidad de El Motín.

H.

El Pueblo (Ferrol).

Contestaré en breve á ese artículo-fotografía, que retrata con perfección pocas veces igualada la España de hoy.

Al acabar de leerlo, me confirmé en la idea de que en el republicanismo obran hombres de entendimiento y voluntad que sustituirían con ventaja á quienes á la vergonzosa situación en que se encuentra lo han traído. Esta es la razón principalísima que tengo para insistir en la reorganización por provincias.

Y más diría acerca de ese trabajo, modelo de fina observación, de crítica elevada y de serenidad de juicio, si los elogios que de mi obra hace el autor no enfrenaran mi deseo; que estamos en unos tiempos donde no puede ni corresponderse con la alabanza merecida al que nos hace justicia, sin que se atribuya á lisonja lo que es obligación del agradecimiento.

La moda se impone

Si les es á ustedes posible, amados lectores, no lleguen á muy viejos. Se aferra uno á las ideas que predominaban en su juventud, y pierde completamente la brújula.

Para no hacer un papel desairado, hay que ir á la moda; lo mismo en las ideas, que en el traje.

Yo tuve la suerte (¡a empiezo á no saber lo que me digo) la desgracia, de nacer á la vida pública allá por los años de la revolución de 1868, cuando se creía que la elegancia suprema en las ideas políticas, consistía en hacer honor á las palabras desinterés, consecuencia, abnegación y sacrificio.

Aquella moda ha ido lentamente desapareciendo, como la de aquellos fenomenales sombreros de copa y aquellos levitones que hoy se ven sólo en los guardarrropas de las Empresas funerarias, y yo, ¡si estaré anticuado!, sigo echando de menos la moda aquella.

¿Y qué resulta? Lo que debe resultar. Que nunca estoy de acuerdo con los que van á la moda corriente, y que les produzco el mismo efecto que produciría en un concierto de piezas escogidas el músico que se empeñara en hacer oír al refinado público la Canción de la Atala, sólo porque en el primer cuarto del siglo pasado hizo la delicia de nuestros abuelos.

Hay que ir con la moda, lectores, hay que ir con la moda en todo. Y si hoy la moda política consiste en enriquecerse degradándose, y en for-

mar jarcas á lo Raisuli para amenazar con ellas á los Gobiernos, ó ponerlas á su servicio con su cuenta y razón, debemos entrar todos en la moda, aunque sigan pareciéndonos mejores las pasadas.

Sobre todo, nada de ponernos en ridículo.

Indudablemente eran ricos los vestidos de púrpura, y severos y elegantes los de las damas del siglo de Velázquez. Pero que saliera hoy á la calle una pareja vestida así, y no serían carcajadas las que provocara. Y menos mal si algún tomate, rezañado de la última cosecha y por mano fuerte lanzado, no corría á estrellarse contra sus bordados primorosos.

Creo que todos quedarán convencidos, después de leer esto, de que les conviene desalojar su cerebro de las ideas antiguas para dejar sitio á las nuevas.

Mas por no romper muy violentamente con el pasado, sigamos diciéndolo que adoramos á Dulcinea, pero refocilemonos con Maritornes. ¿Que ésta es fea y sucia? Sí, pero es de carne y hueso. Y en último caso, ¿qué derecho tenemos á echarle en cara su fealdad ni su suciedad, los que vamos á buscarla en la cuadra de la venta?

Púlpito achicado

Me escribe Angel Samblancat desde Barcelona:

«Aquí ha causado una gran pena ver EL MOTIN con cuatro hojas nada más. De todas maneras, lo que importa no es el púlpito, sino el predicador. Y estamos seguros de que usted no dejará de confortarnos y alimentarnos espiritualmente cada semana con su sermón.»

Pues si á ustedes les ha producido ese efecto, calculen á mí, su tierno papá, que he tenido siempre puestas en ese hijo de mi espíritu todas mis delicias. La madre que vea volver de la guerra á su hijo con un brazo y una pierna menos, será quizá la única que pueda comprender en toda su extensión lo que por mí pasa al ver mutilado EL MOTIN.

Sobre todo, á la hora de ajustar el número. Escribo, y escribo cual si el periódico no hubiera sufrido disminución alguna. Mando las cuartillas á la imprenta, las componen y las corrijo. Pero llega el lunes; cojo todo lo hecho, empiezo á ordenarlo, advierto que no cabe en el número ni la mitad, y... ¿qué quito, si esto me gusta; y esto también; y esto no puede dejar de ir; y esto tiene que ir forzosamente? Y después de apartar algo, y de hacer una combinación, y de deshacerla, y de ensayar otra, acabo por comenzar el ajuste á lo que salga, pareciéndome después lo

mejor y más interesante lo que dejé de poner.

Lo del púlpito y del predicador, no está mal; pero, créame usted; no es igual predicar en un púlpito amplio de la catedral de Toledo que en otro estrecho de una pequeña iglesia de aldea: aunque se diga lo mismo. Hay que moverse y accionar desembarazadamente. Esto ocurre en todo. La costumbre hace ley.

Después de esto, no sé qué decirle, sino que haré hasta lo imposible para que no falte á mis feligreses, mientras menos en número más queridos, el sermón semanal. Se lo soltaría aunque fuese en una iglesia de menos espacio que esta en que hoy predico. Y hasta en una ermita de dos hojas. Es para mí una necesidad, amén de tener la convicción de que no hay sermón perdido, aunque se predique en desierto. El eco de una frase puede repercutir en los oídos de un hombre, y ser aquel hombre el llamado á reconstruir y esparcir la frase que sintetiza el sermón.

Y basta de sermones.

Cálculo imposible

¿Que si calculo cuántos republicanos de valía mete en sus casas el concejal que avergüenza á sus correligionarios con la conducta que observa en su cargo, y cuantos electores de convicciones arraigadas se retraen de votar al ver que aquellos á quienes eligieron diputados no responden á la confianza que en ellos pusieron?

—No; no lo calculo. Para tener probabilidades de acierto, habría que hacer otra vida que la que hago; conocer más el personal de provincias, hablar con unos y con otros para enterarme de muchas cosas que á mí no llegan.

Pero si no puedo calcular eso, en cambio, casi me atrevería á asegurar, que si se forma al fin el nuevo partido fusionista, hoy en incubación, entrando en él Romanones, (aspirante al papel de *Viejo Pastor* que desempeñó Sagasta), y García Prieto y Melquiades Alvarez, y allá para el otoño próximo es llamado al poder, sólo vendrán al Congreso los seis ó siete diputados republicanos que á Romanones le convengan para su juego político.

Y me fando para suponerlo, en que el republicanismismo no incurrirá ya en la torpeza de nombrar diputados que, ó no acuden á las sesiones, ó si van no hacen lo que deben, ó se ponen previamente de acuerdo con los gobiernos para convenir lo que han de hablar, ó se dedican á elogiar á los monárquicos que más odia el pueblo, ó consideran la discusión de presupuestos co-

mo asunto baladí, siendo el campo más apropiado para dar la gran batalla al régimen, ó...

Pero, detente, pluma; no vayas á soltar lo que pública y privadamente se dice de algunos.

Y para evitar que te deslices, no te cuelgo de la espetera, como Cervantes á la suya, pero te divorcio del tintero hasta mañana martes.

Quien quita la ocasión quita el peligro.

Consulta evacuada

Y vamos con el caso de Belmont á que me referí en el número anterior.

A fin de no exponerme á emitir una opinión errónea, pedí la suya á un abogado de gran fama, (á quien hubiera ya enriquecido de pagarle las consultas que le he hecho en asuntos de esta índole), y me la dió en esta forma:

«Prescindiendo del aspecto moral del asunto en su estricto aspecto legal, la familia del finado podría alegar, sin que fuera fácil probar lo contrario, que el documento en cuestión no tenía el carácter de una disposición testamentaria, y que el enfermo pudo revocarlo verbalmente ante la familia.

»Para prever la dificultad indicada, conviene que los que deseen morir fuera del seno de la Iglesia lo consignen en testamento, y en el mismo designen albacea encargado de la ejecución de su voluntad, y de esta suerte la disposición testamentaria sólo podrá ser revocada con las solemnidades requeridas para otorgar testamento, y el albacea tendrá personalidad para impetrar el auxilio de la autoridad á fin de que la voluntad del finado sea cumplida si á ello se opusiera la familia.»

Si al leer esa opinión alguien sospechase que era del abogado Emilio Menéndez Pallarés, le diría yo que no se equivocaba. Tan precisa y tan concisa ¿de quién otro pudiera ser?

Por cierto que me ha dejado hecho una pieza esa opinión.

Creía yo que, habiendo escrito de mi puño y letra, y en papel sellado, que es mi soberana voluntad ser enterrado civilmente, podía ya dormir tranquilo acerca de este asunto macabro, y ahora resulta que, á pesar de eso, puede verse archivado mi *fiambre* en el cementerio católico. Esto sólo me hubiera faltado, para fracasar hasta después de muerto.

Por lo tanto, inmediatamente que cierre este número corro en casa de un notario á *clavetear* mi resolución en la forma que Menéndez Pallarés dice.

¡Yo enterrado en un cementerio católico!... Me dan escalofríos sólo

de pensarlo. ¡Antes que eso, vea yo lo más inverosímil!... ¡Un cura desinteresado!... ¡Un fraile casto!... ¡Un obispo humilde!... ¡A la Cierva en el poder!...

(Medio segundo de parada para sosegarme.)

Desapareció por completo mi exaltación... Ya estoy tranquilo... Y ahora, ¡qué sé yo!, antójase me que he tomado la cuestión al revés, y que no debo ir á casa del notario...

Me parece bien que tomen esa precaución los demás, pero yo no... Sería privarme de una porción de probables y enloquecedoras emociones después de muerto.

Supongamos que, por no haber extendido ese acta notarial, los sacerdotes de la única religión verdadera, vestidos de gran gala para dar mayor solemnidad al acto, llegan á mi casa, secuestran mi cadáver y salen diciendo, en latín para que nadie más que ellos lo entienda: «¡De estos entran pocos en libre!»

¡Lo que iba yo á divertirme oyéndolos desgañitarse por las calles del tránsito, y viendo á los unos cargados con cirios, á los otros incensando-me, y á todos haciendo esfuerzos para aparecer graves y solemnes, cuando les retozaba la alegría en el cuerpo por la jugareta que me habían hecho!

Pensar en lo que ellos irían pensando y diciendo en los intermedios de cante, ¡qué delicia! «Gracias á Dios que por fin reventó este canalla que tanto se burló de nosotros en sus abominables Flores místicas, escritas, según decía, para moralizarnos! ¡Toma moralización, gran sinvergüenza! Vas á pudrirte en un cementerio católico, para que no te salgas con la tuya ni después de muerto!»

Nada; que no voy á la notaría por no renunciar á estas emociones, las únicas alegres que le restan á mi cuerpo pecador en esta vida, ya que á mi pobre alma le está reservado este horroroso porvenir en la otra:

Pinchazos por un lado; sartenazos por otro. Un puntapié en salva sea la parte y hora; la nariz aplastada de un puñetazo luego!... ¡Y sal del baño de aceite, para refrescarte en el de plomo! ¡Y arsa par catre de lana puntiaguda á reponer tus fuerzas!

Al llegar aquí me entra tal congoja, que me afirmo y me ratifico en mi resolución de no ir á la notaría. Así compensaré con las satisfacciones que disfrutará mi cuerpo al verse conducido al cementerio católico entre frailes, curas y demás gente ordinaria, los horribles é inacabables tormentos que esperan á su inquilina allí en el Infierno.

Y así también, lo que por una parte pierda, lo ganaré por otra.

En plena epopeya

Hemos llegado á tiempos inverosímiles, junto á cuyas grandezas en el bien y en el mal, todo otro tiempo es pequeño y trivial. El hombre se sobrepuja á sí mismo. El valor se hace inmensurable. Sus nuevas formas fueron desconocidas hasta aquí.

Al empujón del verdugo, á la desesperación y á la locura hubieron de pedir aliento los que antaño se precipitaran en la roca Tarpeya. Caso de fantasía era el sueño de los paseos brujescos por el aire. Hoy tenéis ahí escuelas abiertas donde se enseña el arte de la aerostación y con ella se infunde el valor de la locura, y de la desesperación. El alumno aprende á ir á tentar la muerte fuera del elemento humano, en el vacío de la atmósfera, para el cual toda la tierra es muerte, fuera del punto minúsculo del aparato que le sostiene.

Años atrás asombrábase el público de ver á un intrépido remontarse en lo alto, rodeado del abismo de la inmensidad. En las fronteras de la guerra, al antiguo peligro añádense el de los disparos de los cañones de tierra y el del embate del adversario. Los héroes sucumben uno tras otro, y sin embargo no se agota el filón. La abundancia de héroes, ha hecho desaparecer la admiración pública. Se dan las noticias de estos esfuerzos supertitánicos, sin el más leve comentario. La heroicidad ha dejado de ser virtud y ha pasado á ser acto natural y ordinario.

¿Qué diremos del submarino? Las naciones se quejan de falta de aparatos, no de falta de bravura de los hombres.

La antigüedad quiso asombrar al mundo contándonos los tres días que pasó Jonás en el vientre de la ballena. Este paso era tenido como culminante de la odisea humana en su elemento contrario. Hoy tenemos los submarinos realizando á nuestra vista el portentoso. El hombre penetra en el vientre del ballenato y con él se sumerge en la profundidad de los mares, en un elemento extraño, entre enemigos conjurados para perderle.

Y húndense los submarinos y caen los aerostatos, teniendo por auxiliar de la agonía la Muerte inmensa del elemento contrario, y el hombre no se rinde, y continúa luchando.

El mismo batallar de las trincheras ha cambiado la fase del valor militar. Ni el brazo hercúleo, ni la agilidad de movimiento, ni el arrojado ciego, ni el coraje impetuoso se cotizan ya en las trincheras, en las cuales las armas de alcance y la fuer-

za de los explosivos dan al tísico poder para destruir atletas, y al niño la virtud de derribar escuadrones de gigantes.

Ya el soldado no halla en la ferocidad el impulso, ni en la humeante sangre el incentivo de su instinto, ni en el golpe ultrajante la irritación para el rechazo, ni en el espectáculo del asalto la embriaguez del entusiasmo, ni en la notoriedad del acto valeroso el atractivo de la vanidad, ni en el ardor del fulminante choque el torbellino de la pasión. Los incentivos del instinto han desaparecido. El valor militar ha pasado á ser la paciencia, la resistencia, la calma, la sangre fría, la fortaleza espiritual.

Saber ver la muerte en la bala invisible, para lanzarla al enemigo ó defenderse de ella. Saber hacerle frente, desde la indefensión.

El valor ha cambiado. Solo en momentos excepcionales del asalto, viene el choque de cuerpos para el antiguo soldado. En el resto es el choque de espíritus. Al valor del instinto ha sucedido el valor del ánimo.

La Muerte se ha hecho más poderosa y terrible, pero el hombre se ha hecho más bravo.

Fué la mística antiguo patrimonio del foragido y desorejado, del sanguinario y del aventurero. Hoy es oficio de ciudadanía. Todo ciudadano es soldado y todo soldado es héroe.

El hombre aprende á morir, que es la última ciencia. Esta es la conquista del siglo XX, en que las inverosímiles leyendas de antaño se convierten en trivialidades. Saben morir los individuos y saben morir los pueblos.

Sea acertado ó equivocado, es evidente que sobre la muerte y la vida se ha establecido un *Deber* y un principio moral. Ni la muerte ni la vida son apreciables cuando no se ajustan á ese Deber. Saber vivir y morir cuando se debe, he aquí la sabiduría. Y morir serenamente, fríamente, por imperio de la voluntad, por superposición de la moral al instinto...

El día que se generalice á todo el mundo moral esta norma que se habrá producido la mayor de las revoluciones? ¿Esta revolución espiritual, no será mayor que la revolución política? ¿No será la sublimación de la especie al hombre-heróico?

S. PEY ORDEIX

CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

25 grabados. — Precio: 1 netel.

Dios ante el sentido común

PRECIO: UNA PESETA



Un matrimonio desigual.



Los altos empleados.



Un trabajador largo de manos.



Echar la vista encima.



Socio de la Protectora de animales.



La tropa sobre las armas.

Frases al pie de la letra
Ayuntamiento de Madrid

Cine clerical

Problema doméstico

I

Comedor de casa muy modesta. Luisa, esposa, traza números en un papel; Enrique, su marido, lee *La Correspondencia*.

Luisa sumando:

—¡Qué barbaridad! ¡Pero si no puede ser!... Me debo haber equivocado... A ver... Veinticuatro y seis, treinta y nueve, treinta y nueve... Sí, justo, cuarenta duros en quince días... ¿Oyes, Enrique? ¡Cuarenta duros!...

—Ya te he dicho yo que esto no puede seguir, que gastamos demasiado, que nos vamos a empeñar... Y si empiezo a pedir adelantos en casa de mis jefes, ya no levantamos más cabeza.

—Pues, hijo, yo no sé qué hacer; me devano los sesos, quito de allí, corto de allá, y no me salen las cuentas... Y lo que es para mí bien sabe Dios que bien poco es lo que gasto... Aún llevo el traje de lana del año pasado...

—Entonces soy yo el que derrocho, y no puedo permitirme el lujo de ir al café ni siquiera un día a la semana... No, Luisa; la verdad es que des te que te has metido en esos trotes de confradías, conferencias católicas y patronatos de obreras de la Divina Pastora, se tira el dinero que es un gusto... Por ahí, por ahí está el pozo que todo se lo traga.

—Yo me metí en esas cosas para adquirir relaciones, para figurar un poco, porque estábamos aislados, para ver si tú ascendías...

—No lo creas; todos esos gatupeños de beatería son como las casas de juego: al final siempre gana el que talla...

—¿Han llamado?...

—Creo que sí.

—Será doña Julia.

—Alguna nueva petición de tus correligionarias.

II

—Gabinete cursi, de mal disimulada pobreza. Un armario de luna, dos mecedoras y un velador en el centro. En la pared retrato y postales. Doña Julia, cincuentona, muy arrebujaada en su abrigo:

—Vimos, Luisa, no se haga usted la pequeñita... Ya sabemos que tiene usted muy buen corazón. Es preciso hacer un esfuerzo para nuestras *congregancias*... Hemos fijado la cuota de veinticinco pesetas... ¡Una pequeñez!

—No, si no es que me niegue... Pero, hija, ¡tenemos tantos gastos! ¡Ha sido tan largo este mes de Enero! ¡Ay! El vivir de un sueldo donde to-

o son habas contadas nadie sabe el martirio que es...

—Bueno, ¿le doy a usted el recibo? Porque, hija, hace un frío en esta casa que hiela...

Luisa se levanta, saca del armario un billete suspirando y se lo da a Doña Julia.

III

—¿Qué quería esa bruja?

—¿Cinco duros para las ovejitas de María.

—¿Y se los has dado?

—¿Cómo negarme? ¿Qué hubiera dicho el P. Solito y la Presidenta?

—¡Ah, necia! Y el día que necesites un duro ¿te sacarán ellos de apuros? Desde mañana se corta todo esto: es el único modo de arreglar este problema de nuestra casa... y de otras.

FRAY GERUNDIO

Para la Historia

En cuanto se divulgó que Bruselas iba a ser ocupado por los alemanes, cayó sobre aquella ciudad de alegría, de lujo, de animación, una angustia paralizadora. Las mujeres principalmente agitando las manos gemían por el terrorismo de *ces saligands de Prussiens* que se avecinaban, que son terribles, que *s'abuseut des femmes*. Por las calles y bulevares se agitaban compactas muchedumbres de hombres con baúles, equipajes, cestas, etc. A cada diez pasos se agrupaban alrededor de otros que hablaban, de los que uno leía un periódico en voz alta, otro contaba lo cerca que estaban «ellos», el tercero dirigía reproches al gobierno y a los franceses é ingleses cuya ayuda no venía, mientras que un cuarto *blagueur* hasta el fin, animaba al auditorio asegurando que «ellos, *gudverdume*, no podrán entrar aun en la ciudad, y si entran, nosotros entonces, *gudverdume*, les cortaremos el cuello uno por uno, *nomdedieu*».

Y entre la muchedumbre de gente se movían silenciosamente los campesinos con sus mujeres, sus niños, sus caballos.

En la estación meridional se luchaba para alcanzar sitio en un tren de cualquier parte que fuese. Los departamentos de primera clase con cinco asientos se llenaban con docenas de personas; todas dejaban su baúl y su equipaje en el andén. Solo un deseo había en aquella multitud: huir. Cuando el tren empieza a moverse, se agarran a las barandillas, saltan a los topes, se suben sobre los vagones...

Es curioso ver lo que en aquellos momentos llevan algunos: un perro sujeto por un cordel, una jaula va-

cía, una máquina de escribir. Una mujer, pálida como la muerte, llevaba en sus brazos un pequeño niño muerto.

El puño rompedor del demonio de la guerra ha caído pesadamente sobre el pacífico pueblo belga. El gigante vengativo se ha arrojado sobre el enano que se ha atrevido a oponérsele.

Que vuelva el tifus

Si llega a durar un poco más la epidemia, yo reviento de satisfacción. Aquello daba gusto. Cada día cien, doscientos cadáveres al cementerio. ¡Qué delicia de microbio!

Y no digo esto porque yo coma de los difuntos, porque viva de la muerte, no. Yo no soy cura, ni médico, ni boticario, ni enterrador, ni tengo tienda de pompas fúnebres. Clérigos y galenos principalmente han hecho estos días su agosto. A esas gentes la peste les engorda. Los curas cantan la satisfacción ante los cadáveres de las personas como los buitres ante los de los animales. Los médicos no envían a nadie al infierno sin haberle hecho antes una operación en la bolsa.

Aquel tifus, peste bubónica, cólera morbo, fiebre amarilla ó lo que fuera, nos iba muy bien. Si dura un poco más, hubiera sido nuestra salvación. ¡Lástima que no se haya dado más prisa y que no se haya propagado por toda España!

Habría sido una solución, la única solución racional de esta divertida y absurda charada española. No hay reconstituyente, ni vino de quina, ni jarabe de hipofosfitos, ni aceite de hígado de bacalao que nos convenga más. La salud de España está en la enfermedad, está en la muerte.

Un día dijo Maeztu, que para arreglar esto—por esto se entendía a España,—era necesario hacer un degüello general de señoritos. Bonafoux aseguró otro día que había que matar para regenerar la patria a diez millones de españoles. Manuel Bueno afirmó otra vez que había que cubrir la Península con un metro de sangre. Y Azorín pedía hace poco que nos partiera un rayo.

Cierto amigo mío, que está más loco que un chivo y que afirma que preferiría ser caballo a ser español, me decía en cierta ocasión: «Odio a este país. A veces me siento Nerón y Calígula, y quisiera que España tuviera una sola cabeza para cortársela.»

Yo, aunque bárbaro y bruto—entiéndanse estas palabras en el peor de los sentidos—no soy tan bruto ni tan bárbaro como este amigo mío, ni como Maeztu, Bueno, Bonafoux y Azorín. Yo no aborrezco a mi patria

ni sostengo que valga más que ser español ser caballo. Yo no pido de ellos, ni rayos celestes, ni mares de sangre, ni matanzas de españoles á millones.

Pero ese tifus me encantaba, ese microbio de Eberth me tenía robado el corazón. ¡Qué gustos aristocráticos y refinados los suyos! ¡Qué tacto para escoger las víctimas! El no quería nada con la canalla, con la pobreza, con el poso y la sol da de la sociedad. El no visitaba más que las mansiones señoriales, no se relacionaba más que con el gran mundo, no se trataba más que con la *high life*. Los que no tienen más de tres mil pesetas anuales de presupuesto doméstico, y no viven en los palacios de la derecha del Ensanche, y no van en automóvil, ¡puah!

¡Bendito colibacillo, si aciertas á venir con más ham! re! ¡Benoita peste, si no te acabas tan pronto y si te extiendes por toda España! ¡Bendita epidemia, si llegas á no dejar piso principal con habitante y á limpiar á Barcelona de granujas! ¡Bendito tifus, si recorres la Península de punta á punta y haces una escabe china de obispos indignos, de generales ineptos, de caciques, de grandes terratenientes, de ex-ministros, de diputados, de jueces injustos, de abogados, de toreros, de burgueses sin entrañas, de comerciantes al por mayor, de usureros, de pillos de toda laya y condición! ¡Benditas fiebres, si nos libráis de viejos marrulleros, de jóvenes bienorrágicos, de políticos intrigadores, de navidades, balenes y loterías! ¡Bendita pestilencia, benoita mil veces, si tú nos haces justicia á los humildes, si te conviertes en nuestra vengadora!

ANGEL SAMBLANCA

Barcelona.

Proyectos de ley

Asegúranme que están en estudio varios, en los que quedarán bien fijados los deberes que los ciudadanos españoles deben cumplir en su vida de relación con la Iglesia y sus ministros. Por atrevidos los tengo, aun cuando no me extraña que se haya pensado en dictarlos, dada la mayor estereoscopia de fervor católico que se nota cada día en España.

No recuerdo bien todos los proyectos, pero allá van varios como muestra:

1.º Crear un cuerpo de policía especial que vigile los alrededores de las iglesias, santuarios y ermitas, para detener y llevar á la Comisaría á todo individuo que no se descubra al pasar por delante de cualquiera de sus fachadas.

2.º Obligar á todo el que vaya

por la acera á dejar la derecha á los sacerdotes y á los individuos de toda orden religiosa, igual que á las Hermanas de la Caridad, besándoles la mano (á ellos).

3.º Exigir que al paso del Viático se pongan de rodillas todos los transeúntes y que salgan á los balcones con velas encendidas todos los vecinos. El personal de las tiendas en piso bajo se arrodillará devotamente en los umbrales, con las manos juntas.

4.º Al oír el toque del avemaría se interrumpirán todas las faenas, lo mismo en la calle, que en el campo, que en las fábricas; y arrodillados todos, la reza á la debida compunción cristiana. Los coches, tranvías y automóviles pararán en firme al oír el toque.

5.º Prohibir en absoluto á los carniceros que despachen durante la Cuaresma ni una onza de carne á los que no presenten la correspondiente Bula y los viernes el permiso del confesor. Este permiso se exigirá también todos los días de vigilia. Además se les ordenará llevar con el mayor sigilo un registro donde anoten las familias que no acostumbran á comprar tocino, debiendo enviar mensualmente al párroco relación de las que fueren.

Repito que encuentro un tanto atrevidos los proyectos. Por esto me anticipo á dar la voz de alerta, para ver si, advertida la opinión, hace algo para oponerse á que se conviertan en ley; algo parecido á lo que hizo cuando se proyectó la ley del terrorismo.

Gracias

Se las doy muy encarecidas á los amigos de Algimia de Alfara, Navalcarnero, Monforte, Utebo y Coria del Rio, por las suscripciones nuevas que me han mandado.

DISCURSO

pronunciado por Lloyd George, ministro de Hacienda de Inglaterra, en el Queen's Hall de Londres el 19 de Septiembre de 1914.

(CONTINUACIÓN)

EL HERMANO PEQUEÑO DE RUSIA

Entonces le tocó el turno á Rusia. Rusia tiene una consideración especial por Servia; tiene intereses especiales en Servia. Los rusos han derramado muchas veces su sangre por la independencia servia, pues Servia es un miembro de la familia rusa, y no pueden tolerar que se maltrate á Servia. Lo sabía Austria, lo sabía Alemania, y volviéndose á

Rusia, le dijo: «Insisto en que tú te mantengas aparte con los brazos cruzados mientras Austria estrangula á tu hermano pequeño.» ¿Qué respuesta podían dar los esclavos rusos? La única que conviene á unos hombres. (*Muy bien.*) Volviéronse á Austria y le dijeron: «Como pongas tu mano sobre ese pequeño camarada, haré pedazos tu desvencijado imperio—(*Grandes aplausos y risas*)—miembro por miembro.» ¡Y lo está haciendo! (*Grandes aplausos.*)

LAS NACIONES PEQUEÑAS

Esa es la historia de dos naciones pequeñas. El mundo debe mucho á las naciones pequeñas... y á los hombres pequeños. (*Risas y aplausos.*) Esta teoría de la grandeza, esta teoría de que hay que tener un imperio grande, y una nación grande, y un hombre grande... Bueno, las piernas largas tienen su ventaja en una retirada. (*Risas y aplausos.*) Los antepasados del Kaiser elegían á los soldados por su altura y esa tradición se ha convertido en una política en Alemania. Alemania aplica ese ideal á las naciones y no permite que entren en filas sino á las naciones de 1,88 m. (*Risas.*) Pero, ¡ah! el mundo debe mucho á las pequeñas naciones de 1,65 m. El arte más grande del mundo fué obra de las pequeñas naciones; la literatura más duradera nació en las pequeñas naciones; la mejor literatura inglesa data del tiempo en que Inglaterra era una nación del tamaño de Bélgica y luchaba contra un gran imperio. Los hechos heroicos que han conmovido á la Humanidad durante generaciones se cobijaron á pequeñas naciones que combatían por su libertad. Sí, y la salvación de la Humanidad provino de una nación pequeña. Dios ha escogido las pequeñas naciones como los vasos en que lleva los vinos más selectos á los labios de los hombres, para deleitar sus corazones, para exaltar su visión, para estimular y fortalecer su fe; y si nosotros nos hubiéramos quedado aparte cuando dos naciones pequeñas eran aplastadas y deshechas por las manos brutales de la barbarie, nuestra vergüenza hubiera resonado á lo largo de todos los tiempos. (*Grandes aplausos.*)

LA PRUEBA DE NUESTRA FE

Pero Alemania insiste en que se trata de una civilización inferior contra una más elevada. (*Voces de burra.*) Es un hecho, sin embargo, que el ataque lo inició la civilización que se llama superior. Rusia ha hecho sacrificios por la libertad, grandes sacrificios. ¿Recordais el alarido de Bulgaria cuando fué deshecha por la más insensata tiranía que Europa vió jamás? ¿Quién prestó oídos á ese grito? La única respuesta de la civi-

lización superior fué que la libertad de los labriegos búlgaros no valía la vida de un simple granadero pomerano. Pero los rudos bárbaros del Norte, como los prusianos se atreven á denominarlos, enviaron millares de sus hijos á morir por la libertad búlgara. ¿E Inglaterra? Id á Grecia, á los Países Bajos, á Alemania, á Francia: en todos estos países podría yo señalar lugares donde los hijos de Inglaterra han muerto por la libertad de esos pueblos. (*Grandes aplausos.*) Francia se ha sacrificado por la libertad de países extranjeros. ¿Podéis mencionar un sólo país en el mundo por cuya libertad la Prusia moderna haya sacrificado una sola vida? (*¡No!*) La prueba de nuestra fe, el nivel más alto de civilización es la prontitud á sacrificarse por otros. (*Aplausos.*)

LA CIVILIZACION ALEMANA

No diré yo una sola palabra en detrimento del pueblo alemán. Es un gran pueblo y tiene grandes cualidades de pensamiento, de sentimiento y de trabajo. Creo, á pesar de los acontecimientos recientes, que hay grandes reservas de bondad en el labriego alemán, como en cualquier labriego del mundo; pero se le ha imbuido una falsa idea de civilización. Es una civilización eficaz, apta, pero dura; es una civilización egoísta, es una civilización material. No pueden comprender la conducta de Inglaterra en el momento actual, y así lo dicen. «Podemos entender á Francia:—dicen;—busca venganza; desea territorios: Alsacia y Lorena.» (*Aplausos.*) Pueden entender á Rusia: lucha por el dominio, quiere Galitzia. Pueden comprender que se combata por venganza, que se combata por dominar, que se combata por avaricia de territorios; pero no pueden comprender que un gran imperio comprometa sus recursos, comprometa su poder, comprometa las vidas de sus hijos, comprometa su propia existencia para proteger á una nación pequeña que trata de defenderse. (*Aplausos.*) Dios hizo el hombre á su semejanza, con una alta finalidad, en las regiones del espíritu. La civilización alemana quisiera crearle de nuevo á semejanza de una máquina de Diessel: preciso, exacto, ponderado, pero sin espacio para que en él funcione un alma. (*Muy bien.*)

(Concluirá)

NOTAS ASTURES

La mujer minera

Miedo da pensar en los trabajos arriesgadísimos á que se somete á las mujeres mineras dedicadas á las

maniobras en planos y á las faenas en lavaderos.

La operación de cambiar vagones cargados y descargados por vías en malas condiciones casi siempre, es de las más penosas, impropias de mujeres. Además, casi siempre hay planos con apartaderos, por lo que corre gran peligro la vida de los obreros cuando se desengancha ó se escapa un vagón.

En los lavaderos, *palea* carbón, cargar vagones, maniobrar con ellos, todas las operaciones; en suma, son insanas, dando un gran contingente á toda clase de enfermedades.

Estas pobres mujeres padecen, además, de un mal mil veces peor; la vigilancia de los cabos de vara que las Empresas mineras contratan para que exploten inhumanamente á estas pobres criaturas.

Ya se comprenderá que sólo las jóvenes cuyo salario es necesario en casa y las viudas desamparadas se deciden á trabajar en las minas de Asturias. De rostro macilento, de andares desgarrados y aspecto de miseria, de eso únicamente dan muestras estas pobres víctimas del capitalismo.

Por eso nosotros, como jóvenes y como socialistas, tenemos que defender á estas compañeras de la esclavitud, consiguiendo de ellas que se incorporen á nuestra organización.

Y hacen mal, muy mal, los que en su lenguaje diario con estas mujeres no emplean las debidas consideraciones; que al dolor de verse en una situación tan angustiosa no es bueno agregar frases deshonradas, propias, si acaso, para rameras, pero nunca para compañeras de explotación.

Como si nuestras hermanas fuesen, como si fuesen nuestras compañeras ó nuestras hijas, así tenéis que tratarlas, obreros langreanos, pues sangre de nuestra sangre es, y no debemos de querer para ellas lo que para nuestra propia familia no quisiéramos.

¡A respetar, pues, á nuestras compañeras!

Compañeras: ¡a la organización!

JOSE GOMEZ

Renovación.

Bibliografía

Drama imperial.—Lo que no puede decirse en Berlín, por Juan de Bonnefon, versión española de Sebastián Gomila.

Editada por la casa Antonio Virgili, S. en C., se ha publicado la versión española de esta obra del antiguo corresponsal del *Gaulois*, testigo presencial de interesantes hechos históricos de los reinados de

Guillermo I, Federico III y Guillermo II de Alemania.

Al aparecer esta obra en Francia agotáronse rápidamente ediciones numerosas, siendo el éxito merecido. Hay en ella un caudal de datos y una ponderación de juicio que cautiva desde luego el ánimo del lector.

No se trata de una diatriba, ni de una crítica acerba de personas y cosas; más que hostilidad, se descubre en este libro un impulso sentimental que lo hacen simpático é instructivo á la vez. Las figuras están dibujadas con sorprendente acierto, y el fondo del cuadro acusa una poderosa retentiva.

La versión es correctísima, como propia de literato del fuste de Sebastián Gomila.

Forma un tomo de 260 páginas, á dos pesetas.

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas

Suma anterior. . . . 7468'35

R. Cervera, hijo, (La Cenia)	0'15
Fabián Sánchez, (Haldo)....	10'00
Juan Casas, 3'00.—Juan Fusté, 3'00.—Baudilio Baltar, 3'00.—Raimundo Rufandes, 3'00.—Antonio Soler, 3'00. Francisco Font, 3'00.—Joaquín Armisen, 3'00.—Juan Camell, 1'00.—Antonio Solanas, 1'00.—José Coma, 1'00.—Carlos Barraceta, 1'00.—Armisto, 0'70.—A. B., 0'50.—José Bonet, 0'25.—Ángel Mira, 0'25. (Todos de Gracia, Barcelona).	26'70
Jesús Rodríguez, (Porriño).	12'00
Electo Aliño (Sueca).....	3'50
Una suscriptora (Ferrol)...	25'00

Suma y sigue. . . . 7545'70

LIBROS NUEVOS

Clericalismo en solfa YO, HABLANDO DE MI Trozos de mi vida

"Milagros comentados,"

POR

José Naker s

Cada tomo DOS pesetas. A los suscriptores directos, el 25 de rebaja.

Poesías festivas anticlericales

Cuatro tomos, á peseta cada uno.

Imprenta, Monserrat, 7.